

LA VOLUNTAD DE ILUSIÓN COMO CONDICIÓN DE LA EXISTENCIA

Pablo Javier Pérez López. Universidad de Valladolid

Resumen: Se propone una exposición reflexiva de la intuición fundamental del irracionalismo nietzscheano, la voluntad de ilusión como condición del existir, desde una descripción de su importancia epistemológica, metafísica y estética en la perspectiva del pensamiento trágico.

Abstract: This essay proposes a thoughtful exhibition of the fundamental intuition of the nietzschean irrationalism sets out: Will to illusion like condition to exist, from a description of its epistemologic, metaphysical and aesthetic importance in the perspective of the tragic thought.

La ilusión metódica, el optimismo epistemológico heredero directo de una modernidad moribunda terminará, quizá, en un irracionalismo nietzscheano o no, que ha alcanzado a significar que la vida, la metafísica, el lenguaje, la filosofía y la ciencia no son posibles sin concepciones falsas o imaginarias. Sin la aceptación de la fantástica animalidad de nuestra especie, sin el miedo a nuestra esencial capacitación y práctica imaginativa para enfrentar el mundo, nos quedamos reducidos a esclavos de una certeza sonámbula, a una divinización sapiencial, al dominio, despótico, absurdo y sobre todo vacío de un antropocentrismo profunda y paradójicamente enajenador y deshumanizante.

El camino desde la *hybris* moderna hasta nuestra humilde aceptación de nosotros como *un animal fantástico*, o al menos uno de ellos, un camino profundo y certero comenzó en Nietzsche, que con su afilada y elegante hoz retórico-vitalista descubrió a los ojos aletargados, legañosos y olvidados de asombro y animalidad centelleante, el camino de regreso de la montaña perdida de la Razón al valle fértil, verde y ensimismante de la imaginación, de la fantasía, enmarañada irremediabilmente en la vida del animal humano; hablamos de esa fantástica animalidad, de esa animalidad fantástica.

El hombre ha sido recientemente humillado, ha sido golpeado por tres grandes humillaciones que explicita muy bien Safranski: “La humillación cosmológica: nuestro mundo no es más que una de las innumerables esferas que pueblan el espacio infinito y sobre el que se mueve *una capa mohosa de seres que viven y conocen*. La humillación biológica: el hombre es un animal en el que la inteligencia sirve, exclusivamente para compensar la falta de instintos y la inadecuada adaptación al medio. La humillación psicológica: nuestro yo consciente no manda

en nuestra propia casa”¹.

Desde Nietzsche, con sus lecturas, rehabilitando sus veredas desde nuestras circunstancias e inquietudes aparece muy sugerente ahondar en esta intuición esencial referida a la ilusión. Y más concretamente a la ilusión como condición y necesidad para el existir. Como necesidad biológica, la necesidad de representaciones ilusas e ilusionantes, fantasmagóricas, apariencias que posibilitan la conquista de nuestro existir. Este camino enlaza con cuestiones adheridas al origen del filosofar y encuentran la tensión poético-filosófica como indagación inevitable. La gran indagación de la arqueología nietzscheana supone acceder hacia el rostro serio y agrio de un olvido enquistado en la vida humana: el conocimiento es desconocimiento, el saber, ignorancia: la arquitectura lingüística (conceptual) y a su vez, la subsiguiente técnico-racional se levantan sobre movedizos cimientos: sobre creencias, sobre poemas: sobre poesía. (qué dolor debe sentir al leer esto un matemático, un hombre de ciencia moderno, alérgico a la jovialidad poética y trágica, quizá, sin duda, la misma que siente el poeta que participa de la pulsión nietzscheana al ver cómo esos a los que Unamuno llamaba los hidalgos de la razón, no tienen conciencia de la imposibilidad de la vida sin ilusión, de la que se vive, sobre la que se vive).

El planteamiento de fondo de la filosofía nietzscheana es evidenciar, reflotar este olvido, no para rasgarnos las vestiduras, las conciencias o las ingentes cantidades de tratados matemáticos sino para, precisamente sabernos mentirosos. Para poner encima de la mesa, una vez depuesto el optimismo epistemológico, la falsedad como condición de la existencia, la necesidad de la metáfora para palpar la realidad.

Es éste el gran espanto causado por Nietzsche como continuador de Arthur Schopenhauer, del descrédito irracionalista, decirnos que somos poetas, en la mayoría de los casos malos poetas, que no podemos desmenuzar la esencia del mundo sino sólo vivirla a nuestro través, animalidad no diseccionable. Arrojarlos de nuevo al Misterio, a la Aurora, a la sombra original donde nacimos una primera madrugada que olía a recién pintado. Esta es una humillación radical para los grandes racionalistas, que aún, ciegamente, creían en la razón sin aceptar su creencia habiendo trepado al limbo de un endiosamiento deshumanizador, que somete al individuo, a su creencia consciente, a su libertad y a su palpitar de vida y brinco.

Frente a la humillación sentida por los obstinados modernos, los artistas, los desnudos artistas y poetas reciben esta pulsión como la más acertada que nunca leyeron o escucharon, supone pues, un pronunciamiento sugerente para el ejército de poetas posrománticos, vitalistas y sabedores de su fingimiento (*El poeta es un fingidor* dijo Fernando Pessoa) que ya sabían y gritaban por los rincones y las calles oscuras que *¡El poeta que sabe mentir / a sabiendas, voluntariamente, / es el único que puede contar la verdad!*².

Por tanto, ahondamos en la reconfiguración de la máscara, como condición de una existencia que se hunde en el abismo profundo de la voluntad, rescatando para la vida para la filosofía, ya que curiosamente pensando, los académicos se habían olvidado paseando por los silogismos y las argumentaciones, de nada menos que

1 SAFRANSKI, R. *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, 2001. P. 14.

2 NIETZSCHE, F. *Poesía Completa*. Valladolid: Trotta. 2000. P.146.

de vivir. De vivir, de beber, de parir, tres verbos que pueden simbolizar la actividad humana evidenciando que además del pensar, existe el pensar viviendo y poniendo de manifiesto, la imposibilidad de limitación fronteriza entre *la vida queriendo por nosotros* y *el nosotros queriendo*. (vida vs. Conciencia, realidad vs. deseo).

Desde esta perspectiva que exponemos, que ya habrá provocado la indigestión a no pocos lectores, nos afirmamos con Antonio Machado en que *los grandes filósofos son poetas que creen en la realidad de sus poemas*³, que tejen unas mentiras útiles y sonoras que sugieren, que dicen muy despacio, que salvan, que festejan su redención en la apariencia, en el arte como máxima expresión de la dignidad biológica. El problema estará aquí, en destripar, en descoser los procesos epistemológicos donde reside toda la problemática a nivel metafísico, artístico y moral. Se trata por tanto, es por tanto, la filosofía nietzscheana un toque de atención para las conciencias difusas, una sugerencia liberadora, un hundirse desde la idea hueca de vida, en la intuición, en lo que él mismo denominó los pensamientos caminados.⁴ El objetivo es avanzar en la conciencia deslindándose de la tiranía de ideales extraños, agarrándose sin pudor alguno a las caderas de la vida en oposición al ascetismo platónico-cristiano-shopenhaueriano-romántico que suponen la negación del propio yo en el espíritu del rebaño en una mistificación de la debilidad y de la represión de los instintos, es decir la negación del cuerpo a través de una cultura encadenante.⁵ El proceso de liberación nietzscheano será el artístico que necesita, como hemos apuntado, un esfuerzo autocrítico y autotransformador, una reconducción de la autoconciencia, una afirmación en la individualidad, una vuelta a las cosas mismas, despojadas ya de sus ropajes conceptuales, un ir de la vivencia al concepto y no al revés, un re-crear y re-crear, un volver a enfrentarse al mundo, una invitación a volver a masticarlo como hicieron los hombres de los primeros tiempos en la época del nacimiento de la ensimismación y el mundo interior: Revivificarnos descosiendo las palabras, volver a vivir antes de pensar.

Entendemos pues que, en cierta forma subyace a la intuición nietzscheana como elemento fundamental una afirmación poética que, sin duda alguna, entronca con la ya vieja querrela entre el encuentro poético y la búsqueda filosófica; entre la raíz instintiva del conocimiento y la pretendida racionalidad, entre la sugerencia estética y el concepto, entre la voluntad bruta, la esencia mundana que el artista trata de sondear y fotografiar mediante reflejos y el optimismo científico-racionalista que sabe y explica todo, sin contentarse con la significación, mediante una referencia directa y una concepción naturalista, especular, un ingenuo realismo que confunde las palabras y las cosas. Estas dos perspectivas quedarán ensambladas en un juego de interfecundidad en la filosofía nietzscheana, que no reniega de la racionalidad en sí sino de su absolutización e independencia del vivir (y del vivir-se), son tres los niveles fundamentales desde los que palpar esta tensión; epistemológico, metafísico y estético: una tensión que recorre la obra de Nietzsche como punto de inflexión de la modernidad donde se ha roto definitiva-

3 MACHADO, A. *Juan de Mairena I*. Madrid: Cátedra. 1999. P.191.

4 *Sólo tienen valor los pensamientos caminados*. Crepusculo de los ídolos. Madrid. Alianza. 2004. P.39.

5 -Una cultura encadenante identificada plenamente con la europea.-

mente la creencia en la posibilidad de conciliación del ser y la apariencia. Es el estético el escenario donde, precisamente, como terreno común, nace y se cruza la crisis, la tensión existencial que apuntábamos; dicho de otra forma: es la experiencia estética el lugar de la crisis porque es experiencia de lo trágico.

Las palabras escritas por Nietzsche están escritas con las entrañas y el cuerpo, él mismo afirma no escribir con el alma sino con el cuerpo, admite no saber lo que son los problemas puramente intelectuales y escribir con todo su cuerpo y en definitiva con toda su vida como una gran pluma impregnada de vivencia profunda, la pasión instintiva de sus trabajos se muestra en el punto de partida de su escribir: la intuición trágica de la existencia. Escribe con su propio pulso, sus textos son sugerencias y gritos de vida, escritos desde la vida y que gritan vida, que revelan olor a sudor y ritmo de intensidad eternizante. Las palabras no están ya limpias, asépticamente distribuidas por el serio papel, sus escritos son la pretendida sutil objetivación menos objetivada de una voluntad que lo atravesaba con una fuerza desmedida que ni cien elefantes sintieron en sus adentros.⁶ Las resonancias epistemológicas, metafísicas y estéticas de esta nueva religiosidad de lo corporal y de esta concepción de lo que es, del ser, de lo que heideggerianamente podemos llamar ente, como voluntad, como afección, como pulsión, sentimiento, afección, de esta filosofía apasionada y encarnada en la que esta embriaguez es la gran fuerza biológica, fisiológicamente creadora para la que la ficción, la máscara, la mentira desvinculada de legitimación moral se hacen necesarias para perseverar, para existir desvinculándose de la afirmación del mundo verdadero opuesto antagónicamente al de la apariencia, el bajo mundo de artistas y poetas trágicos.

Una filosofía poshegeliana

Una vez desvanecida la ilusión del método, la resaca consiguiente empapa el ambiente filosófico. Desde esta perspectiva y siguiendo la interpretación de Vatimo, podemos decir que nos enfrentamos aquí al problema de la *máscara*⁷, una problemática que viene coleando, en una alteración enferma, desde la modernidad y desde la posterior sombra de la dialéctica hegeliana. —aunque nos atreveríamos a decir que éste es el problema de los inicios de los inicios y probablemente diría Nietzsche el problema irresoluble y esencial de la tensión existencial humana, el componente trágico de fondo; el escenario situacional— Hablamos de la posibilidad o imposibilidad de conciliación entre la esencia y la apariencia, entre el ser y el parecer.

La nueva filosofía aforístico-poética pretende superar el absolutismo de saber exclusivamente asociado a la razón y, por consiguiente, a un inevitable optimismo

⁶ *Él no organiza siempre su discurso siguiendo un orden argumentativo y lógico que luego el lector puede reconstruir. Se trata de una experiencia de pensamiento que marca un ritmo propio de expresión y que, para comprenderla y participar en ella, no basta con quedarse en la literalidad del texto, sino que es necesario seguir su movimiento y descifrarla conectando con el movimiento pulsional a partir del cual el pensamiento discurre.* SÁNCHEZ MECA, D. *Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo.* Madrid: Tecnos. 2005. P.13

⁷ *El problema de la máscara es el problema de la relación entre el ser y la apariencia.* VATTIMO, G., *El sujeto y la máscara. Nietzsche y el problema de la liberación.* Barcelona: Península. 2003. P. 19.

epistemológico. Con Hegel se introduce un primer golpe seco, un gran golpe, al estatismo ontológico de la modernidad –que nacía de un marco mecanicista donde la vida no ocupaba espacio alguno ni era sometida representativamente–. Hay grandes intuiciones que aportan elementos fundamentales de las filosofías llamadas posmodernas, siendo fundamental la dialéctica; la concepción dialéctica abre un importante campo al estar basada en una lógica óptica, en una lógica que hablar del ser y no de las formas; esto supone un primer gran paso, sin embargo se sigue afirmando *racional todo lo real*, se sigue creyendo en la razón como clave interpretativa fundamental de la realidad.

Se cree por tanto, a pesar de un emergente aproximacionismo, de una concepción de la verdad como proceso, en la posibilidad de la convergencia entre el ser y el parecer y se habla de una objetivación del espíritu, el espíritu absoluto, se encarna, se aliena en cada momento histórico. En último término el hegelianismo, digamos, nace de una regulación de la contradicción entre esencia y apariencia, aunque quizá debiéramos decir, nosotros, entre intuición de la esencia y apariencia.

Es este problema, y no otro; el de la conciliación de las contradicciones que se nos aparecen en la experiencia del mundo, el que recoge Schopenhauer en una época de deshinchamiento del optimismo moderno, un problema que queda reconceptualizado contraponiendo voluntad y representación, esencia y símbolo. Comienza el rechazo al racionalismo metafísico.

Nos encontramos inmersos en la idea antihegeliana de la imposibilidad de una perfecta coincidencia entre ser y parecer que está, en el fondo de la filosofía schopenhaueriana, pero que lleva a Nietzsche a dar una nueva acepción al término “clásico”, la antigüedad clásica en la concepción hegeliana sí ofrecía esta conciliación esencia-apariencia, cosa en sí-fenómeno, este supuesto se inscribía en un sistema hegeliano que acepta esta conciliación, sin embargo Nietzsche afirma que esto que habíamos tomado por conciliación, no es más que un enmascaramiento que cubre la rezumante herida del horror y el miedo.

“Si Nietzsche modifica profundamente el contenido de la noción de clásico – puesto que reconoce el equilibrio entre interior y exterior como particular forma de máscara, y por consiguiente de no equilibrio–, permaneciendo por otra parte clasicista en cuanto todavía individual, entendiendo el modelo de una cultura no decadente, ello significará que la decadencia y en general la valencia negativa de los fenómenos históricos, no podrá identificarse simplemente con su condición de máscara, con su divergir de las cosas en sí; *deberá dar una forma de enmascaramiento no decadente, en lugar de una máscara decadente*”.⁸

Estamos ante la toma de contacto, ante el encuentro consciente con el desequilibrio existencial que necesita de una liberación; una liberación del encadenamiento de la apariencia que fue tomada no ya como una representación fiel de realidad, como reflejo de la realidad –en una suerte de naturalismo de guardería– sino como la misma realidad, quedando el mundo reducido a lenguaje fósil, a momias rellenas de paja.

Así, es la nietzscheana, como ya hemos apuntado, una aceptación del enmasca-

8 VATTIMO. G., *El sujeto y la máscara. Nietzsche y el problema de la liberación*. Barcelona. Península. 2003. P. 27.

ramiento que se ha hecho consciente. La esencia de lo real quedó enmascarada en conceptos y palabras –metáforas sonoras– que se olvidaron que lo son. De ahí que el filólogo proponga, busque, interprete y excave un triunfante enmascaramiento superador de la decadencia que supone la liberación de la simple, llana y encubierta dominación de la apariencia somnolienta.

Un ir más allá de la concepción del arte como el logro de identificar la forma de una cosa (idea) que captamos intelectualmente y su contenido (apariencia) que captamos por los sentidos, un ir más allá de la concepción hegeliana del arte como manifestación sensible de la idea: una concepción del arte como triunfo vital. Como manifestación de la voluntad. Sabiendo que ésta nos recorre y que es una fiera indomable. Todo esto supone renunciar al poder certero del elemento cognoscitivo esencialmente intelectual y afirmarse en la raíz instintiva del conocimiento frente a los *hidalgos de la razón*. Bulle un triunfo de la falsedad y la mentira como medios de supervivencia, como ladrillos de nuestra producción, como herramientas para la vida y el mundo.

La metafísica, *el terrible océano de la metafísica*, decía Nietzsche, ya no significa una visión sistemática, el sistema, el gran relato con voluntad y creencia de explicación total se derrumba, la metafísica sistemática se desvanece y nace una metafísica irracionalista que es una poética, un fingimiento consciente, una reluciente y huesuda máscara bailona, un baile encadenado a la irremediable voluntad de ilusión. De esta forma la metafísica se hace poética.

“El concepto de metafísica ya no puede significar una visión sistemática, totalitaria, en el sentido hegeliano, de la realidad, una estructura donde la razón científica lo domine todo, hasta la propia intimidad, y en donde sentido, abstracción y concepto determinen el logos, la palabra real. El concepto de metafísica, de ontología, se hace más bien poética, un decir de la radicalidad del ser, de su temporalidad, de su fragilidad, de su angustia y de su miedo”.⁹

La influencia schopenhaueriana

La influencia de Schopenhauer es fundamental no sólo en Nietzsche sino en toda la filosofía que despertaba del sueño moderno. Nietzsche encuentra en Schopenhauer una gran influencia en un doble sentido; por una parte queda absorto ante el descubrimiento de un filósofo, un verdadero filósofo en el que confiar que parece escribir cada una de sus páginas para él, un descubridor genial de la voluntad. Un escritor rudo, sincero, que pone de relieve el caos vital, que expone la esencia trágica de la existencia, que abre la puerta de la filosofía al dolor del mundo, al sufrimiento, al pesimismo humanista; y un Schopenhauer que ante el sufrimiento busca la evitación ascética de éste mediante la contemplación estética dando por perdida la batalla existencial y no soportando la pulsión ardiente de la voluntad de vivir.

Estas son, las dos posturas antagónicas que ejercen gran influencia tanto de modelo como de contramodelo en la filosofía nietzscheana. La filosofía de Schopenhauer es la expresión filosófica del estado íntimo del hombre moderno; la expresión de desesperación, terror y descordinación de la pérdida de la sistematicidad

9 ROMERO DE SOLÍS., D. *Enoc. Sobre las raíces filosóficas de la poesía contemporánea*. Madrid. 2000. Akal. P.30.

y la finalidad de la vida. La única esencia metafísica del mundo y de nosotros mismos es la voluntad; la substancia vital esencial; un querer ir mas allá, frecuentemente ingobernable; un continuo ir más allá de nosotros mismos que está condenado a ser insatisfecho.

“Así se expresa en una concepción general del mundo la demanda de un fin último para la existencia, y al propio tiempo su imposibilidad; lo absoluto de la voluntad, que es idéntico a la vida, no le deja llegar a aquietarse en nada exterior a ella, porque fuera de ella nada existe, y de esta manera expresa la situación de la cultura del momento, llena de anhelo por un fin último de su vida, que siente como desvanecido para siempre o como ilusorio”.¹⁰

Este impulso por la voluntad de un fin, por la búsqueda de un fin último para la vida es el punto de partida también de Friedrich Nietzsche. Pero hay una diferencia fundamental; entre uno y otro se encuentra Darwin. Mientras Schopenhauer se detiene en la negación de la voluntad para la evitación del sufrimiento, para eludir el dolor, Nietzsche encuentra en el hecho de la evolución del género humano la posibilidad de un fin que permite a la vida afirmarse. Para Schopenhauer la vida está condenada en última instancia a la carencia de valor y sentido por ser en sí misma voluntad; algo que debiera simplemente no ser, de ahí su absurdo –un absurdo sufrimiento, un error–. Hay un profundo disgusto ante la vida, un increíble terror y angustia ante un contenido vital que desorienta al haber quedado, tras el apagón ilustrado, en una oscuridad de senderos y finalidades.

Nietzsche, sin embargo, ha extraído del concepto biológico de evolución un concepto completamente nuevo de la vida: la vida es pulsión interna, intensidad; la vida puede llegar a su propio fin, evolucionar a cada momento, y además la vida es el propio fin. Esta es la divergencia final entre Schopenhauer y Nietzsche.

Nietzsche devuelve a la vida misma el fin que se buscaba fuera de ella. El fin esperanzador que los neoplatónico-cristianos-schopenhauerianos-románticos todavía buscaban fuera en un intento de evitación de la propia tensión trágica del existir del animal humano. En un intento de huida del cuerpo, un cuerpo que se convierte en la única divinidad del nietzscheano que se ha comprendido animal y que encuentra entremezclados el placer y el dolor al provenir de su recipiente vital, de su corporeidad mundana. Esta búsqueda ascética infructuosa está en cierta forma relacionada con lo temporal, se ansía una eternidad despegada de esta tierra frente a la que Nietzsche reivindicará una eternidad plural en el vivir despreocupado de la voluntad, una imposición de la eternidad en la vida, en feliz expresión juanramoniana. Afirmarse en la vida por encima de todo, ese es el destino del Superhombre, el modelo mítico que ejemplifica la lucha del hombre por parar el tiempo de la conciencia para vivir el de la naturaleza el difuso tiempo del sentimiento¹¹. El único secreto de la vida será que no tiene secreto, su sentido íntimo será que no tiene sentido íntimo más que el propio fluir de la voluntad.

Aún encontrando claras diferencias entre la toma de postura fundamental, Nietzsche le debe su estilo a Schopenhauer, su estilo y fundamentalmente, como todos los herederos de ambos, la gran metáfora dicotómica y a la vez metafísica

10 SIMMEL., G. *Schopenhauer y Nietzsche*. Sevilla. Espuela de Plata. 2004. P.18

11 “No creo en la eternidad, pero creo en lo cotidiano concreto como si fuese una eternidad diaria”. Miguel Torga. *En Canto libre del Orfeo Rebelde*. Edhasa. Barcelona. 1998. P. 96.

de la disyunción entre la idea platónica-branhma hindú-cosa en sí kantiana-voluntad y la apariencia-velo de maya-fenómeno-representación. Este es un nuevo escenario vital y por lo tanto conceptual del que participa Nietzsche. Es a partir de la aceptación de la voluntad y de la imposibilidad de su objetivación especular cuando encontramos la divergencia entre ambos. Schopenhauer se queda en la experiencia estética, en el goce estético como forma de sublimación, como liberación de la atadura de la voluntad y Nietzsche la afirma, a través del arte –con todos los riesgos interpretativos que ello conlleva–. No puede entenderse pues, la filosofía nietzscheana sin el irrumpir centelleante del voluntarismo schopenhaueriano. Con Schopenhauer la filosofía ya no aspira a ser una doctrina de la ciencia que se basa en el análisis de conceptos abstractos, pero se hunde en una renuncia mística a la voluntad a través de una religiosidad romántica que inunda su concepción del arte como lo más importante, para salvarse del sufrimiento, para negar la vida y el mundo frente a la fundamentalidad trágica del arte como celebración de una redención mundana en el mundo de la apariencia. Nietzsche inaugura un platonismo invertido frente a la renuncia mística al mundo del romanticismo convirtiendo la apariencia en la auténtica realidad, en la ilusión necesaria que es la única justificación vital que explicita la celebración trágica del animal fantástico.

La ilusión: condición del existir

La ilusión como necesidad vertebrada todo el hacer humano, incluyendo su más delirante anhelo: la verdad:

“¿Qué es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; *las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible*, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora ya consideradas como monedas, sino como metal. No sabemos todavía de dónde procede el impulso hacia la verdad, pues hasta ahora solamente hemos prestado atención al compromiso que la sociedad establece para existir: ser veraz, es decir, utilizar las metáforas usuales; por tanto, solamente hemos prestado atención, dicho en términos morales, al compromiso de mentir de acuerdo con una convención firme, mentir borreguilmente, de acuerdo con un estilo vinculante para todos¹²”

Definir la verdad (en el sentido más amplio) como una creencia común, muy a menudo olvidada, y directamente relacionada con las reglas morales, con el *ethos* de una comunidad no implica afirmar que nos veamos abocados a un nihilismo desesperado. *La verdad es una forma de error sin la cual una determinada clase de seres vivos no podría vivir*. No se trata pues de decir que todo vale, sino que el hombre es un animal poético, es decir un animal productor, creador, de errores, de mentiras que dicen verdades según lo necesario y lo posible. Esos errores, esos fingimientos son instinto de amarraje vital. Sólo la ilusión consciente puede ser

12 NIETZSCHE, Friedrich. *Sobre Verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos, 2001. P. 25.

consciente de la productividad vital de los errores y así toda palabra es un prejuicio. El enorme error de la humanidad consiste en la fe absoluta que ha mantenido en el lenguaje. Una fe que ha convertido lo heredado en inviolable. Una fe que hace *suficiente crear nuevos nombres, nuevas apreciaciones y verosimilitudes para crear, a la larga, nuevas cosas*.¹³

¡Hay que revolverse al descubrir vivo de lo que pretenden encerrar las palabras! Los símbolos son huellas que deben descubrir como era la vida real, olvidar que las palabras son símbolos de la experiencia, de la vida es la denuncia nietzscheana más elevada y quizá la vertebradora de su intuición filosófica. Las palabras, las experiencias artísticas y las representaciones en general no nos traen directamente la realidad, es por ello por lo que somos poetas, creadores de metáforas que olvidaron su antiquísima relegación al poetizar, al vivir en la creencia; somos sólo locos, sólo poetas cuando pretendíamos con ansia abrazar la verdad y desmenuzarla como una fruta recién caída del árbol. Los pretendientes de la verdad quedaron reducidos a fantásticos animales mentirosos. A creadores de ilusiones, trayendo lo ilusorio a lo ilusionante:

...“¿Tú el pretendiente de la verdad?” -así se mofaban.
 ¡no! sólo un poeta!
 un animal astuto, saqueador, rastrero,
 que ha de mentir,
 que premeditadamente, intencionadamente,
 ha de mentir
 multicolor larvado,
 larva el mismo,
 presa el mismo,
 ¿es eso el pretendiente de la verdad?...

Sólo loco! Sólo poeta!
 Solo un multicolor parloteo
 multicolor parloteo de larvas de loco
 trepando por mendaces puentes de palabras
 sobre un arco iris de mentiras
 entre falsos cielos
 desliziándose y divagando.
 ¡sólo loco! ¡sólo poeta!

¿Es eso el pretendiente de la verdad?
 No inmóvil, rígido, liso, frío,
 convertido en estatua,
 pilar de dios;
 no erigido ante templos
 atalaya de dios:
 ¡no! Hostil eres a tales modelos de virtud,
 mas recogido estas en el desierto que en los templos,
 audaz como los gatos
 saltas por todas las ventanas
 y en toda ocasión
 husmeas la selva virgen

13 NIETZSCHE, Friedrich *El Gay Saber*, Austral, Madrid 1986, P.107

tu que por selvas vírgenes
entre fieras de coloreados pelajes
pecadoramente sano y bello y multicolor corrías,
con lascivos belfos,
feliz con el escarnio, feliz en el infierno, feliz y sanguinario,
ladrón furtivo, mentiroso corrías...

O semejante al águila
que fija su mirada largo tiempo en los abismos
en sus abismos...
-oh, girar como ella
hacia abajo, hacia el fondo, hacia adentro,
hacia cada vez mas profundas profundidades!

Y entonces
de repente
vuelo vertical
trazo precipitado
caer sobre corderos
hacia abajo, voraz,
ávido de corderos,
odiando toda alma de corderos,
odiando rabiosamente todo lo que parezca
virtuoso, borreguil, de rizada lana,
necio, satisfecho con leche de oveja...

Así, aguileñas, leopardinas,
son las añoranzas del poeta,
son tus añoranzas entre miles de larvas,
¡tú, loco!, ¡tú, poeta!

Tú que al hombre consideras
tanto dios como oveja
al dios desgarrar en el hombre
como a la oveja en el hombre
y desgarrando reír
En esto consiste tu felicidad!
felicidad leopardina y aguileña
felicidad de loco y de poeta!"

Cuando la luz se va desvaneciendo
y la hoz de la luna
ya se desliza verde y envidiosa
entre rojos purpúreos
-enemiga del día
y sigilosamente a cada paso
las guirnaldas de rosas
siega, hasta que se hundan
pálidas en la noche:

así caí yo mismo alguna vez
desde mi desvarío de verdad
desde mis añoranzas de día
cansado del día, enfermo de luz

caí hacia abajo, hacia la noche, hacia las sombras,
abrasado y sediento
de una verdad.

¿recuerdas aun, recuerdas tu, ardiente corazón,
que sediento estuviste?
¡sea yo desterrado
de toda verdad!
¡Sólo loco! ¡Sólo poeta!¹⁴

El pretendido dios razonador queda reducido a un animal rastrero, carroñero que para asimilar lo real debe construir ficciones que regulen el acceso vital a una realidad pulsional e instintiva. La mentira, en sentido extramoral, queda configurada como necesidad para la supervivencia de nuestra especie cuyo principal desarrollo biológico para la supervivencia es el intelecto y su poder para imaginar y mitificar. La estructura íntima del mundo, si este la tuviera, queda lejos de nuestro alcance sustituyéndose la fe en el optimismo epistemológico por la creencia consciente en las ficciones que nacen del loco instinto del poetizar, del habitar poético. La verdad, el ansia de verdad que desde Sócrates y Platón se pretendía fuera de este mundo no es sino este propio mundo que llamaron el de las apariencias y al que renunciaron para encontrar otro exterior. Es por esto, precisamente, por lo que, una vez desvinculados de la posibilidad de explicación derivamos a la comprensión estética de la realidad; sólo en nuestras fantasmagóricas representaciones de lo real puede encontrarse y erigirse nuestro mundo, el mundo de la sensibilidad, del instinto, de la pulsión, de la afección, de la intensidad vital y animal que amordazaba el deseo de virtud y de verdad del ascetismo platónico, romántico y cristiano. Todos los viejos monstruos de la moral, dirá Nietzsche no procuraban sino aniquilar las pasiones, hacer la guerra a la pasión misma, sólo agarrándose a la verdad de la intuición y de la vida, sólo desde este intuicionismo vitalista se vuelve a un pensar palpitante y apasionado, la filosofía retorna a esos primeros tiempos de eso que Vico llamó *Sabiduría poética*.

La moral y su obsesión por lo bello y lo bueno subyugaba a la vida. Sólo las ilusiones conscientes, grandes metáforas que se ha olvidado que lo son, se anudan a ella.

Esta es, la raíz, de su crítica a los filósofos del estatismo, a los veneradores del lenguaje heredado que han olvidado el devenir del mundo real, que han derivado en cuidadores de momias conceptuales. Lo que engañan no son los sentidos sino las dogmáticas creencias que no se saben creencias, interpretaciones de hechos que pasan por verdades, bellas y buenas verdades:

“¿Me pregunta usted qué cosas son idiosincrasia en los filósofos?... Por ejemplo, su falta de sentido histórico, su odio a la noción misma de devenir, su egipticismo. Ellos creen otorgar un honor a una cosa cuando la deshistorizan, *sub specie aeterni*, —cuando hacen de ella una momia. Todo lo que los filósofos han venido manejando desde hace milenios fueron momias conceptuales; de sus manos no salió vivo nada real. Matan, rellenan de paja, esos señores idólatras de los conceptos, cuando adoran, —se vuelven mortalmente peligrosos para todo, cuando adoran. La muerte, el cambio, la vejez, así como la procreación y el crecimiento

14 Nietzsche. F *Sólo loco. Sólo poeta*. Poesía completa. Valladolid. Trotta.1998. P. 57

son para ellos objeciones, —incluso refutaciones. Lo que es no *deviene*; lo que deviene no *es*... Ahora bien, todos ellos creen, incluso con desesperación, en lo que es. Mas como no pueden apoderarse de ello, buscan razones de por qué se les retiene. “Tiene que haber una ilusión, un engaño en el hecho de que no percibamos lo que es: ¿dónde se esconde el engañador? —”Lo tenemos, gritan dichosos, ¡es la sensibilidad! Estos sentidos, *que también en otros aspectos son tan inmorales*, nos engañan acerca del mundo verdadero. Moraleja: deshacerse del engaño de los sentidos, del devenir, de la historia [*Historie*], de la mentira, —la historia no es más que fe en los sentidos, fe en la mentira. Moraleja: decir no a todo lo que otorga fe a los sentidos, a todo el resto de la humanidad: todo él es “pueblo”. ¡Ser filósofo, ser momia, representar el monótono-teísmo con una mímica de sepulturero! — ¡Y, sobre todo, fuera el *cuero*, esa lamentable *idée fixe* de los sentidos!, ¡sujeto a todos los errores de la lógica que existen, refutado, incluso imposible, aun cuando es lo bastante insolente para comportarse como si fuera real!...”.¹⁵

Hay por tanto un distanciamiento evidente entre *fisis* y *logos*, entre realidad y palabra en el lenguaje tanto ordinario como el filosófico. El valor social o moral que se otorga a determinadas palabras queda muy lejos, por tanto, de responder a la naturaleza de las acciones y de los hombres que las promueven. Éste es el motivo de su actitud genealógica:

“Las palabras son signos sonoros de conceptos; pero los conceptos son imágenes significativas más o menos determinadas de sensaciones que se repiten con frecuencia y aparecen juntas en grupos de sensaciones. Pero no basta para entenderse que se usen las mismas palabras; es necesario, además, usar las mismas palabras para la misma especie de vivencias internas, y es necesario, por último, tener una experiencia común recíproca”¹⁶

La actitud gnoseológica nietzscheana es profundamente vitalista e intuicionista en una afirmación clara frente a cualquier racionalismo abstracto o separador, frente al idealismo del sujeto trascendental y el idealismo metafísico que acaba por identificar lo real con las estructuras interpretativas, las grandes intuiciones filosóficas. La realidad en sí es incognoscible, de ahí la necesidad de la máscara para sobrevivir, de la falsedad como condición del existir e incluso de cierta voluntad de ignorancia epistemológica.

De esta forma, las nociones de bondad o maldad, los juicios morales reflejan una cierta voluntad de poder que quedó fosilizada en la imposición gnoseológica, en la fosilización conceptual de un camino vital cerrado por los carceleros de turno. La voluntad de poder es el motor, la directora del acercamiento metafórico a la realidad que convierte en doctrina venerada, en inmutable reflejo de una verdad que no es más que la imposición despiadada de una moralidad. Una imposición que rompe, que dilata y revienta desde dentro la intuición del sujeto liberado de una máscara inconsciente que se superpone a la suya propia, a su rostro de humano anónimo:

“Cuando se trata de conocer la realidad viviente humana, con todas su conexiones y proyecciones, para el vitalismo, no cabe más que la intuición, inmediata y directa, con todo el riesgo de su difícil comunicación, pero con el acierto de no querer renunciar a nada ya la ventaja de no perderse en alienaciones. La comunicación

¹⁵ *Crepúsculo de los ídolos*. Alianza. Madrid.2004. P.51-52

¹⁶ (*Más allá del bien y del mal*, §268)

podrá salvarse con el diálogo en el cual cada uno suscite, indique y despierte, como estímulo y proyecto comunicables; lo que sin duda dará el enriquecimiento vital cultural de todos”.¹⁷

La aceptación de la realidad, por tanto, es total, es una aceptación también de la apariencia, puesto que ésta es condición de la existencia. Es necesaria para vivir la voluntad de ilusión. Es necesario seguir soñando para no perecer. El primer sueño, el gran sueño, la gran mentira que inflama nuestra soberbia antropológica y cognoscitiva es la del propio conocer:

En algún apartado rincón del universo centelleante, desparramado en innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más altanero y falaz de la “Historia Universal”: pero, a fin de cuentas, sólo un minuto. Tras breves respiraciones de la naturaleza, el astro se heló y los animales inteligentes hubieron de perecer.¹⁸

El intelecto humano dentro de la naturaleza se presenta desde la propia conciencia humana *como si en el girasen los goznes del mundo*. El orgullo antropocéntrico junto con la sensación, provoca como efecto inmediato la turbación y la valoración engañosa de la propia existencia. La soberbia antropocéntrica provoca una valoración engañosa de la propia existencia. El intelecto es el medio de supervivencia, sólo el arte del fingir, de construir mitos, de mitificar puede hacernos sobrevivir, vivir este mundo que habíamos creído nuestro.

No hay por lo tanto de una inclinación sincera y primera del hombre a la verdad a vista del convencionalismo y la teatralización de la vida. La mentira es la forma de adaptación al medio del animal humano; el hombre miente como el toro cornea, para defenderse en la selva de la vida. No hay inclinación sincera hacia la verdad sino hacia la dominación, hacia la voluntad de poder.

En este mismo momento se fija lo que a partir de entonces ha de ser “verdad”, es decir, se ha inventado una designación de las cosas uniformemente válida y obligatoria, y el poder legislativo del lenguaje proporciona también las primeras leyes de verdad, pues aquí se origina por primera vez el contraste entre verdad y mentira

La convención social designa, fija lo que es la “verdad”, una designación monolítica de las cosas, así nacen las leyes de verdad y la distinción social entre verdad y mentira. Por tanto no es el origen del término verdad el epistemológico sino el moral, el impuesto por una mayoría mediocre. Los que salgan de lo consensuado recibirán el cariñoso apelativo de locos. Los anómicos están condenados a la muerte social. El animal humano ha olvidado la construcción de la verdad, la primitiva, fantástica e ilusionante construcción de la verdad:

Solamente mediante el olvido puede el hombre alguna vez llegar a imaginarse que está en posesión de una “verdad” en el grado que se acaba de señalar. Si no se contenta con la verdad en forma de tautología, es decir, con conchas vacías, entonces trocará continuamente ilusiones por verdades.¹⁹

Podemos distinguir aquí una doble acepción de *verdad* que si bien no es literal en el texto presente, puede encontrar sugerencia en él, así distinguiríamos una verdad convencional, pre-subjetiva, social, y una verdad subjetiva, individual, intuitiva.

17 JIMÉNEZ MORENO., JL. *Nietzsche*. Ediciones del Orto. Madrid. 2001. P. 24.

18 *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Tecnos. Madrid.2001. P.17

19 *Ibid.* P.29

tiva alejada del andamiaje de la abstracción.(elaborada intuitiva-vitalmente por un sujeto) Sólo mediante un olvido redundante pudo el hombre creerse en posesión de la verdad: Estamos ante el despertar del sueño moderno, de la ilusión del método. Ni siquiera puede entenderse una relación causal entre la palabras y la esencia que recubre sino mero impulso nervioso. Si con las palabras u otros símbolos se pudiera llegar a la verdad existiría el ansiado lenguaje matemático universal (*Mathesis universalis*) pero la existencia de infinitud de lenguajes es prueba intuitiva de la imposibilidad de tal lenguaje e incluso la imposibilidad de una reproducibilidad adecuada. Serían simplemente los efectos o las relaciones entre las cosas y el hombre lo expresable en construcciones metafóricas: la imagen y la palabra. Hay pues una doble metáfora en la palabra; la del habla y la del concepto:

Los diferentes lenguajes, comparados unos con otros, ponen en evidencia que con las palabras jamás se llega a la verdad ni a una expresión adecuada pues, en caso contrario, no habría tantos lenguajes. La “cosa en sí” (esto sería justamente la verdad pura, sin consecuencias) es totalmente inalcanzable y no es deseable en absoluto para el creador del lenguaje. Éste se limita a designar las relaciones de las cosas con respecto a los hombres y para expresarlas apela a las metáforas más audaces. ¡En primer lugar, un impulso nervioso extrapolado en una imagen! Primera metáfora. ¡La imagen transformada de nuevo en un sonido! Segunda metáfora. Y, en cada caso, un salto total desde una esfera a otra completamente distinta (...) Todo concepto se forma por equiparación de casos no iguales. Del mismo modo que es cierto que una hoja no es igual a otra, también es cierto que el concepto hoja se ha formado al abandonar de manera arbitraria esas diferencias individuales, al olvidar las notas distintivas, con lo cual se suscita entonces la representación, como si en la naturaleza hubiese algo separado de las hojas que fuese la “hoja”, una especie de arquetipo primigenio a partir del cual todas las hojas habrían sido tejidas, diseñadas, calibradas, coloreadas, onduladas, pintadas, pero por manos tan torpes, que ningún ejemplar resultase ser correcto y fidedigno como copia fiel del arquetipo. Decimos que un hombre es “honesto”. ¿Por qué ha obrado hoy tan honestamente?, preguntamos. Nuestra respuesta suele ser así: a causa de su honestidad. ¡La honestidad! Esto significa a su vez: la hoja es la causa de las hojas. Ciertamente no sabemos nada en absoluto de una cualidad esencial, denominada “honestidad”, pero sí de una serie numerosa de acciones individuales, por lo tanto desemejantes, que igualamos olvidando las desemejanzas, y, entonces, las denominamos acciones honestas; al final formulamos a partir de ellas una *qualitas occulta* con el nombre de “honestidad”.²⁰

Todo concepto nace de una equiparación de individualidades no iguales, lo que provoca en el camino de la abstracción el abandono de los matices individuales, se crean representaciones artificiales. La abstracción guillotina la individualidad, la subjetividad. En la consolidación de esas ilusiones como convenciones incuestionables reside la clave argumental e interpretativa de todo la revolución gnoseológica nietzscheana. El origen de la convención lingüística es el olvido de la subjetividad y además de la capacidad subjetiva creadora para llegar a parar a un estado de creencia que como fruto de una abstracción sentencia la individualidad a la nada.

²⁰ *Ibid.* P.22-23

En definitiva desde esa esfera intermedia al sujeto y el objeto plantearíamos poetizando, mediante la invención de metáforas y conceptos una aproximación a las leyes naturales que no conocemos en sí, sino mediante sus efectos, pues no existen hechos sino tan solo interpretaciones. Una causa es la suma de sus efectos. Sobre la base de esas primeras metáforas se construyen los conceptos, son construcciones en cierta forma pre-determinadas o que nacen de creencias que pasan desapercibidas. De formas proyectadas que se toman como incuestionables. En la base de las construcciones científicas, técnicas, racionales o míticas hay una primera metáfora olvidada, una creencia con la que los hombres de aquél entonces se acercaron a la realidad. El gran olvido ha consistido en cercenar el animal intuitivo que construye la fortaleza de nuestro mundo con metáforas que nace casi biológicamente en el roce con el mundo:

Ese impulso hacia la construcción de metáforas, ese impulso fundamental del hombre del que no se puede prescindir ni un solo instante, pues si así se hiciese se prescindiría del hombre mismo, no queda en verdad sujeto y apenas si domado por el hecho de que con sus evanescentes productos, los conceptos, resulta construido un nuevo mundo regular y rígido que le sirve de fortaleza.²¹

En definitiva la pugna entre el hombre racional y el hombre intuitivo es quizá la pugna de toda una gigantomáquica historia de la filosofía. El primero quiere dominar el mundo mediante la abstracción conceptual de un método universal, construyendo un mundo regular y predecible, el segundo, como un viejo héroe trágico es apasionado e intuitivo y sabe que la única realidad es aquella que el otro llama aparente, la belleza de la ficción en la que se encuentra combatiendo y conquistando su existir. La vida como literatura:

Hay períodos en los que el hombre racional y el hombre intuitivo caminan juntos; el uno angustiado ante la intuición, el otro mofándose de la abstracción; es tan irracional el último como poco artístico el primero. Ambos ansían dominar la vida: éste sabiendo afrontar las necesidades más imperiosas mediante previsión, prudencia y regularidad; aquél sin ver, como “héroe desbordante de alegría”, esas necesidades y tomando como real solamente la vida disfrazada de apariencia y belleza²²

La vida, y con ello la ciencia y el conocimiento no es posible sin concepciones falsas –imaginaciones–. Estas invenciones se han creído con fe absoluta, inconscientemente. El lugar de llegada es la toma de conciencia de su falsedad, hacer conscientes las creencias. Creer y crear quedan así íntimamente unidos. Esto, da lugar, como ya hemos destacado a la afirmación de una metafísica o una lógica poéticas. Se afirma por tanto el valor de esa falsedad atornillada a la fantasía. De ahí el sentido extramoral de la mentira. La mentira es ilusión, creación consciente del mundo. Estímulo primitivo que permite lanzarse a devorar el mundo. Sabiduría poética, sabiduría de la ilusión. El mito griego –consciente– lo hemos perdido, ha quedado olvidado *con el carácter abstracto de nuestra existencia amítica*. La ilusión, basamento primero, debe ser ilusión consciente. El consciente delirio artístico es un saludable error vital. Es esta una afirmación consciente y placentera de la ilusión única justificación de la vida: *Mi filosofía*, dice Nietzsche, *es un platonismo invertido: cuanto más se aleja de la realidad verdadera, se torna más*

21 *Ibid.* P.34

22 *Ibid.* P.37

pura, más bella y más buena. Vivir en la ilusión como el ideal.

Esto supone la afirmación de nuestra condición de creadores de ilusiones. Ilusiones, falsedades consideradas verdades (que el conocimiento necesita para evitar la necropsia conceptual). Animalidad demente pero consciente del delirio como requisito para vivir. De esta forma conocer es *trabajar con la metáfora favorita de uno.*

Sin andamios metafóricos no hay posibilidad de conocimiento ni de vida: *La construcción de metáforas es el instinto fundamental del hombre.* El revestimiento de ilusiones sobre la vida fue consciente en los griegos y hemos olvidado el contenido metafórico de las verdades. Éste es el gran delirio del racionalismo; haberse desvinculado de toda ilusión consciente para sumergirse en la más dañina de todas ellas. La que sueña en una emancipación total que cosifica. El gran problema de la ilusión de la razón, de la locura de la razón es que no era –no es– locura consciente, sino completa enajenación, delirio desalmante, enajenación. El hombre, como se dice popularmente, vive de ilusiones, pero no en el sentido de mera apariencia ilusoria, sino de apoderamiento consciente de la apariencia vital e ilusio-
nante.²³

El arte es apropiación consciente de esta apariencia como necesidad biológica y justificación vital. El hombre es animalidad poética que crea desde el encuentro con el mundo pero que busca alimento, asimilación. Su gran alimento es la ilusión, la verdad particular y las verosimilitudes del discurso poético. Es esta reintegración de la niñez para la vida pues *también para el niño son sus juegos auto-engaños conscientes.*

De esta necesidad del error y de su toma de conciencia es lugar común la ciencia. Los grandes pilares del hacer científico son ficciones reguladas y reguladoras. Hemos organizado el mundo operando con conceptos, líneas, átomos, espacios que no existen pero que contienen un error útil, sin errores no puede haber conocimiento. Los supuestos, los estados ideales, las grandes metáforas raíz que como cuñas de madera soportan el edificio viejo del conocimiento. La comunicación del conocimiento depende del lenguaje y la formación de conceptos, como ya hemos indicado, nace de la equiparación de casos no iguales y de la mutilación de matices. La complejidad de lo científico encierra una gran simplificación de la misma manera que en todo elemento sencillo se esconde esa complejidad sencilla que suele ser la más desconcertante. La invención de los conceptos es siempre invención o creación imperfecta, es decir inacabada y coja. Es ilusión, sublimación del deseo y la realidad fundidos desde la limitación del concepto: *Las ciencias son, en última instancia, ciencias prácticas, y parten de los errores fundamentales del hombre, sus creencias en cosas e identidades.* La creencia en cierta inmutabilidad, en cierta permanencia de lo que hay, en lo que se mantiene a través de los cambios no puede sino ser la más útil pero no por eso la más verdadera. Frente al apriorismo categorial kantiano se ofrece la creencia vital que justifica esos conceptos ilusionantes de la permanencia del espacio derivada de la creencia en lo permanente. También la división entre el sujeto y objeto es una división simplifi-

²³ Esta migración del sentido de la ilusión desde el engaño de la apariencia, desde lo ilusorio hasta la faz positiva de la ilusión parece producirse como torsión significativa especialmente en castellano. (Véase al respecto: *Breve tratado de la ilusión.* Julián Marías. Alianza. Madrid.2001.)

cadora de todo este complicado entretrejimiento entre la fantasía que anima y dota de significación a lo real, y la propia realidad. La perspectiva es un engaño necesario, desde la perspectiva la cuestión no es la de la posibilidad de los juicios sintéticos a priori sino la creencia en estos y su utilidad. Los juicios falsos encierran las ficciones lógicas, condiciones necesarias para la vida. De esta forma también la cosa en sí kantiana, el noumeno, las categorías puras de espacio y sensibilidad, los juicios sintéticos a priori son creencias que pretenden dar explicación a lo real o conceptualización de nuestras intuiciones. ¡Cómo entender la cosa en sí como verdadera! Es ficción, mito científico o gnoseológico que sustenta una teoría, una explicación de lo que hay. Postulado existencial que es juego y no afirmación sería de tal existencia efectiva. Convención que de no ser aceptada o creída desde la intuición vital no puede ser sino creencia no palpada por el observador en cuestión de tal construcción teórica, en tal argumento ilusionante. En definitiva: “Lo que puede ser pensado, debe ser, necesariamente, una ficción” Y además, precisamente, lo pensado es ficción desde la perspectiva epistemológica pero también la ilusión no es otra cosa que la afirmación del deseo proyectado. Sin una tarea mitificadora no es posible la vida y ello implica la relatividad de los conceptos verdadero y falso. El arte, entendido como un primitivo anhelo de ilusión es el origen del conocer, ese mito, ese sagrado filosofar poético, esa necesidad griega de la ficción ha quedado olvidada por nuestra existencia amítica. El ser pleno, no es ya entendido como lo máximamente verdadero, bello y bueno sino voluntad, instinto animal al que pertenecemos por entero y desde su propia contradicción de sus dos grandes instintos apolíneo y dionisiaco, desde el sueño de una razón apasionada por la embriaguez dionisiaca, producimos, creamos, nuestra propia vida, desde esos instintos fisiológicos de la metafísica del artista, de cuya máxima conjugación de la voluntad, del ser contradictorio y pugnante repleto de sentir, afectación y deseo, labra su ficción el poeta trágico. El conocimiento es nuestra invención olvidada. El ingenuo deseo de infundir cierto orden epistemológico, metafísico y moral en la gruesa pulsión del vivir. El mundo, la representación del mundo, es la expresión mediada por esa fantasía. Y esa apariencia no es lo contrario de ningún ser real, sino lo que actúa, lo que mueve el propio mundo que nos afecta y apasiona sin las dolorosas adjetivaciones epistemológico-morales que se creyeron verdades inmutables y eran, son, sólo ficciones reguladoras. En definitiva el arte tiene más valor que la verdad. El arte es la intuición creadora que posibilita la vida.

Lo dionisiaco: la erupción de la voluntad, la niñez eterna

La lucha de lo apolíneo y lo dionisiaco, que lejos de ser principios estéticos, encierran como el propio Nietzsche dirá *impulsos o fuerzas artísticas que brotan de la naturaleza misma y despliegan con su dinámica, el conflicto o dolor originario que afecta al ser*. El ser de todo lo que es, es voluntad, querencia, el querer, un querer contradictorio, un querer saber y un querer perseverar.

La experiencia del nihilismo provoca esta filosofía en que la vida re-surge, renace para la filosofía y se apodera del hueco mecánico, inmóvil y unitario que, el ser, como expresión hueca, solitaria y fría había ocupado. El ser del que hablaba la filosofía estaba des-animado. Era de macizo mármol conceptual, hueco de esencia de concretización vital, podrido de abstracción. Es por esto, y no por un pre-

tendido interés histórico por lo que Nietzsche mira a la cultura Griega presocrática. Nietzsche no estudia la antigüedad clásica con el espíritu científico de una reconstrucción objetiva sino como síntesis de los tres tipos de historia monumental, anticuaria y reflexiva que él mismo expone en la segunda de sus *Consideraciones Intempestivas*. Si se vuelve, por tanto, al pasado no es para enraizarse en flirteos históricos vacíos sino para re-crearse para el futuro, para abandonar el decadente nihilismo tan expuesto y denunciado por Nietzsche; el desequilibrio forma-contenido. Se trata de hacer filosofía para la vida, en la vida, y para el futuro.

Su re-volver es un re-volverse a la etapa considerada como de expresión máxima de la voluntad helénica y por lo tanto el discurso filológico puede entenderse como pretexto para hacer filosofía, enraizarla en una genealogía filosófica pero para afrontar un futuro y un presente que gotea temor, miedo, tensión y angustia existencial. Se trata de afrontar el gran conflicto tensional, el problema filosófico por antonomasia: el intento de conciliación después del desengaño metódico moderno entre la esencia y el símbolo, el ser y la apariencia, entre la voluntad y la representación schopenhauerianas. El problema es, por tanto, el intento de conciliación entre lo que es y lo que se dice de lo que es.

Desde esta actividad genealógica nietzscheana se apunta hacia la doble fuente de la tragedia ática: Apolo y Dioniso, lo apolíneo y lo dionisiaco, dos principios interfecundadores, interrelacionados que se entrecruzan en una lucha creadora, en una lucha violenta que origina y expresa la esencia existencial del animal humano, su dicotómica naturaleza de la que provienen todas sus actitudes y productos. Son dos esencias que caminaron casi siempre por separado y que conocieron una etapa de conciliación en el momento de la tragedia ática. Aparecen fundidas en el momento de la tragedia ática.

Sin embargo, como ya hemos apuntado, la lectura de esta relación dicotómica es profunda y abundante. Podemos hacer una triple lectura de lo apolíneo y lo dionisiaco; una lectura metafísica, epistemológica y estética.

Entendemos en correlación a lo dionisiaco y lo apolíneo la voluntad y la representación schopenhauerianas y desde el *punto de vista metafísico* lo dionisiaco designa la oscura unidad primordial, el uno primordial como escribe Nietzsche, el oscuro origen unitario de todas las cosas –podríamos decir aquí con Steiner el absoluto del que siente nostalgia el creador–; la voluntad originaria, el impulso, caracterizado como necesidad, que provoca una pérdida de la individualidad en una profunda identificación con la naturaleza, que es expresión de una fuerza primordial sustentadora e instintiva. Desde este mismo plano metafísico encontramos en lo apolíneo la representación schopenhaueriana, la mera apariencia falsa e ilusoria

Desde una perspectiva epistemológica que va pareja al entramado conceptualmente heterogéneo de lo dionisiaco lo entendemos como un estado de intoxicación, de ebriedad, un estado de vislumbración de la verdad de la existencia, de la profunda, horrible y cruda realidad de la existencia turbulenta, abrasiva y ácida vivencia. Una visión producto de la ebriedad, indirecta, por tanto, que supone, a su vez una aceptación de los placeres de la vida, de los placeres y gozos que no existirían sin los sufrimientos y que tan indesligablemente se encuentran cosidos a ellos. Esta es la voluntad de ilusión necesaria para la existencia; la ilusión dionisiaca, la experiencia más cercana de la voluntad, de la vivencia más animal,

carnal y alejada de una conciencia sólo intelectual. Esta construcción mítica es la olvidada por la civilización decadente de la época crítica posmoderna: Nada puede existir sin mito. Tampoco la ciencia moderna; aquí en la celebración dionisiaca, en su éxtasis, en su ebriedad genial encuentra origen –en este amarrarse al pecho del placer– la ficción en sentido extramoral que, no es otra cosa que la desviación consciente de la realidad que se encuentra en el mito, el arte y la metáfora.

El arte es la creación consciente de una ilusión estética; en este sentido el arte descansa sobre el primitivo anhelo de ilusión. Un primitivo anhelo de ilusión que quedó en el olvido de tal forma que la filosofía quedó huérfana de ilusión para rellenarse de explicación, de racionalidad quedando la creencia desbancada al cubo de las supercherías y las religiones estúpidas. Lo fundamental, desde esta perspectiva epistemológicamente revolucionaria es que esta creencia, esta ilusión necesaria para vivir es consciente. De ahí que la más alta indicación de la voluntad como fuerza erupcionadora de lo dionisiaco es la creencia en la ilusión: *Nuestra grandeza reside en la suprema ilusión... no es sólo nuestra cultura la que descansa sobre ilusiones aisladas; también nuestro conocimiento las necesita.* La voluntad, por tanto, es eje primero del conocimiento humano, conocer es trabajar con metáforas, es buscar con metáforas en la naturaleza, la construcción de metáforas es el instinto fundamental del hombre, como ya dijimos, no podemos hacer nada sin nuestros impulsos míticos, el animal fantástico necesita de sus andamios míticos, de sus falsedades conscientes, de esas falsedades que se levantan sobre la verdad intuitiva de una terrorífica existencia primitiva.

En total contraposición, lo apolíneo, frente a la embriaguez creadora de lo dionisiaco, representa un estado semejante al sueño, una figuración onírica en que el conocimiento es sólo de superficies, *gozamos en la comprensión inmediata de la figura, todas las formas nos hablan.* Lo apolíneo epistemológicamente, está asociado al resplandor, a la claridad –Apolo es el Dios del sol y la luz, a la eterna juventud, a la verdad más superior y perfecta, al conocimiento verdadero. Sin embargo, lo apolíneo, por sí solo, epistemológicamente hablando, sólo, y ahí está la gran intuición nietzscheana, es representación, intento de objetivación de la voluntad y por tanto ficción, pura ficción que pasa por verdad objetiva. Desprovista de una referencia a la voluntad, de saberse intento de objetivación de la voluntad, referente de algo vital la verdad apolínea, epistemológicamente hablando es un puro esqueleto de apariencia, una hueca palabra que no denota el fluir del mundo, la experiencia mundana.

Estéticamente hablando lo dionisiaco es lo sublime, lo abrumador, lo sobrecogedor, la experiencia embriagadora de las experiencias que desborda las cotidianas y además la sombría aprehensión racional. Y frente a esto, lo apolíneo es, desde la estética lo bello, la belleza relacionada con la medida, la elegancia en la frontera de lo ininteligible pero en una representación intelectual, en un impulso plástico racionalizado, la belleza formal, la bella apariencia que no se adentra en decir el ser, que se mueve coleante, la locura y la medida del animal humano caminan juntas pues residen en nuestro cuerpo animal.

En definitiva la sugerencia nietzscheana supone un vitalismo que nace de una ilusión consciente. De un guiarse por la victoria sobre el dolor que la serenidad griega consiguió mediante una cultura que supo aferrarse al vivir sabiendo que el vivir implica sufrimiento. Se trata, pues, de afirmarse en la vida de la tierra, en ser fiel a este escenario tratando de dominar el impulso irrefrenable de la volun-

tad, a sabiendas de que es imparabile, pero intentando una conjugación entre el querer propio y el querer natural, sabiéndose en una tensión trágica.

El arte dionisiaco, frente al apolíneo que se basa en el sueño, en la figuración onírica, descansa en el juego con la embriaguez, con el éxtasis. Dos poderes sobre todo son los que al ingenuo hombre natural lo elevan hasta el olvido de sí que es propio de la embriaguez, el instinto primaveral y la bebida narcótica. Sus efectos están simbolizados en la figura de Dioniso. En ambos estados el *principium individuationis* queda roto, lo subjetivo desaparece totalmente ante la eruptiva violencia de lo general-humano, más aún, de lo universal-natural. Las fiestas de Dioniso no sólo establecen un pacto entre los hombres, también reconcilian al ser humano con la naturaleza. De manera espontánea ofrece la tierra sus dones, pacíficamente se acercan los animales más salvajes: panteras y tigres arrastran el carro adornado con flores, de Dioniso. Todas las delimitaciones de casta que la necesidad y la arbitrariedad han establecido entre los seres humanos desaparecen: el esclavo es hombre libre, el noble y el de humilde cuna se unen para formar los mismos coros báquicos. En muchedumbres cada vez mayores va rodando de un lugar a otro el evangelio de la “armonía de los mundos”: cantando y bailando manifiéstase el ser humano como miembro de una comunidad superior, más ideal: ha desaprendido a andar y a hablar. Más aún: se siente mágicamente transformado, y en realidad se ha convertido en otra cosa. Al igual que los animales hablan y la tierra da leche y miel, también en él resuena algo sobrenatural. Se siente dios: todo lo que vivía sólo en su imaginación, ahora eso él lo percibe en sí. ¿Qué son ahora para él las imágenes y las estatuas? El ser humano no es ya un artista, se ha convertido en una obra de arte, camina tan extático y erguido como en sueños veía caminar a los dioses. La potencia artística de la naturaleza, no ya la de un ser humano individual, es la que aquí se revela: un barro más noble, un mármol más precioso son aquí amasados y tallados: el ser humano. Este ser humano configurado por el artista Dioniso mantiene con la naturaleza la misma relación que la estatua mantiene con el artista apolíneo.²⁴

La embriaguez, sólo la embriaguez, puede ver la realidad de la tierra de otro modo, puede crear ser, originar sentido. ¿Qué sería del mundo sin ebrias mentes que bailan? Sin ebriedad no puede existir creación, se produce un beber narcótico que enajena el espíritu del creador para unificarlo con el natural, se rompe la individualidad y el hombre se abre a su género y la naturaleza, se siente en perfecta sintonía con ella. Se hermana con los hombres y con la tierra. Se revela la potencia de la naturaleza en el propio hombre. El ser humano es aquí el tallado por el espíritu, por el contacto sin velos ni mantas ocultadoras de la auténtica esencia vital que es el propio vivir sin pensar. El ser humano queda moldeado por las propias garras de la vida y ya no sabe ni andar ni hablar, sólo canta y baila, se transforma en animal, pero en el único animal que canta a la luna. Canta a la vida que lo posee. Vive tan viviendo que no sabe qué es el pensar. Es pura vibración eternizante.

Es precisamente, en la combinación de sobriedad y embriaguez en la que se manifiesta el artista dionisiaco dirá Nietzsche. El artista se embriaga porque sobriamente se desprende del dolor para celebrar la vida. Diluir su conciencia en el

²⁴ *La visión dionisiaca del mundo*. En *El nacimiento de la tragedia*. Madrid. Alianza. 2005. P.245-246

espíritu vital que lo reconcilia con el mundo del vivir supone una sobriedad previa, una conciencia que permite ese volcarse al beber la vida por entero.

La embriaguez quedó convertida con los griegos en un salto de los lazos sociales, en una festividad de redención del mundo, en un día de transfiguración. Todos los instintos sublimes de su ser se revelaron en esta idealización de la orgía. Esta noción de transfiguración recuerda una visión temporal eónica, en la que existe una suerte de prototiempos al que se vuelve mediante el rito en que el fluir cotidiano desaparece para tocar la eternidad. Se viaja a la eternidad mediante el rito. Un rito que se repite cíclicamente –eterno retorno–.

Con la irrupción dionisiaca creció vigorosamente el espíritu artístico griego –que a su vez mantiene un importante poso cultural evidentemente–. Por una parte Apolo, el siamés dionisiaco, afirmaba una visión plena, inmóvil, luminosa de la belleza –que Nietzsche relaciona con Fidias, con el esplendor del escultor –símbolo del artista apolíneo–. Y por otra parte Dioniso *interpretaba en la tragedia los enigmas y los horrores del mundo y expresaba en la música trágica el pensamiento más íntimo de la naturaleza, el hecho de que la «voluntad» hila en y por encima de todas las apariencias.*

¿Y qué es la música sino el decir universal? La música es el no lenguaje que perfectamente pueden vivir hombres de diferentes tradiciones, y es por tanto el que más de cerca mira la voluntad. Sólo de esta aceptación de la limitación del concepto pudo surgir la tragedia, el pensamiento trágico, la sabiduría poética. En la melodía se revela la inmediatez de la voluntad frente a la arquitectura de sonidos apolínea.

En las fiestas dionisiacas, en las transfiguraciones rituales se produce un gemido nostálgico de una voluntad indestructible, de un vivir pleno, firme. Se llora y se ríe indistintamente porque es esa una plena manifestación embriagadora del vivir, una huida que afirma la vida negándola; es decir un anhelo que no separa sino que se enraíza en la tierra y la hermandad de los congéneres que se siente un solo organismo bailando, bebiendo y viviendo un instante eterno, inmortal. Un sentir profundo de esa doble esencialidad del ser, recuerdo a Baudelaire: “Siendo muy niño, abrigué en el corazón dos sentimientos contradictorios: el horror por la vida y el éxtasis ante la vida²⁵” Es esa la voluntad de inocencia del hombre trágico, es un niño eterno que ha asumido la seriedad del juego de la vida en la contradicción de la querencia vital. La voluntad de ilusión, de ficción, de fingir infantil revela una renuncia a vivir fuera de la verdad creada por los propios juguetes infantiles, por las fantasías, tan necesarias para un habitar poético y pleno que crea ser, para el que la realidad, como para el niño es ese propio juego serio de la vida inyectado de un doble sentir de temor y éxtasis. Es esta la religiosidad esencial del pensamiento trágico, una búsqueda de ligazón (*religare*) con la vida y en la vida como instinto, un querer infantil, de esa infantil obsesión por querer sin hablar, por abrazar el mundo y abrazarse con fuerza a sus entrañas cálidas:

Los dioses griegos, con la perfección con que se nos aparecen ya en Homero, no pueden ser concebidos, ciertamente, como frutos de la indigencia y de la necesidad: tales seres nos los ideó ciertamente el ánimo estremecido por la angustia: no para apartarse de la vida proyectó una fantasía genial sus imágenes en el azul. En éstas habla una religión de la vida, no del deber, o de la ascética, o de la espi-

25 *Mi corazón al desnudo y otros papeles íntimos*. Visor. Madrid.1995. P.72

ritualidad. Todas estas figuras respiran el triunfo de la existencia, un exuberante sentimiento de vida acompaña su culto. No hacen exigencias: en ellas está divinizado lo existente, lo mismo si es bueno que si es malo. Comparada con la seriedad, santidad y rigor de otras religiones, corre la griega peligro de ser infravalorada como si se tratase de un jugueteo fantasmagórico, – si no traemos a la memoria un rasgo, a menudo olvidado, de profundísima sabiduría, mediante el cual aquellos dioses epicúreos aparecen de súbito como creación del incomparable pueblo de artistas y casi como creación suma. La filosofía del pueblo es la que el encadenado dios de los bosques desvela a los mortales: «Lo mejor de todo es no existir, lo mejor en segundo lugar, morir pronto.» Esta misma filosofía es la que forma el trasfondo de aquel mundo de dioses. *El griego conoció los horrores y espantos de la existencia, mas, para poder vivir*²⁶

Es esta religiosidad un enmascaramiento ritual que propicia el poder vivir apretándose contra la vida como un perro herido se aprieta a su madre. El artístico, es pues un elemento que media con el horror y el sufrimiento, que celebra el placer y el sufrimiento como máximas manifestaciones de amor profundo a la vida, que es origen por tanto del arte a través del cuerpo entusiasmado de la máxima expresión de la humana animalidad, el hombre como creador.

Esa necesidad fue la que hizo que el genio artístico de este pueblo crease esos dioses. Por ello, una teodicea no fue nunca un problema helénico: se guardaban de imputar a los dioses la existencia del mundo y, por tanto, la responsabilidad por el modo de ser de éste. También los dioses están sometidos a la necesidad: es ésta una confesión hecha por la más rara de las sabidurías. Ver la propia existencia, tal como ésta es ahora, en un espejo transfigurador, y protegerse con ese espejo contra la Medusa – ésa fue la estrategia genial de la «voluntad» helénica para poder vivir en absoluto. ¡Pues de qué otro modo habría podido soportar la existencia este pueblo infinitamente sensible, tan brillantemente capacitado para el sufrimiento, si en sus dioses aquélla no se le hubiera mostrado circundada de una aureola superior! El mismo instinto que da vida al arte, como un complemento y una consumación de la existencia destinados a inducir a seguir viviendo, fue el que hizo surgir también el mundo olímpico, mundo de belleza, de sosiego, de goce.

La vida es por tanto, lo apetecible de suyo, esta vida. El dolor es fundamentalmente el que tiene que ver con el de la muerte; el saberse mortales. Por eso no quieren separarse de la existencia y se afirma en un canto de querencia, de ansia eterna. La afirmación griega de la vida, es consciente, es decir no es un decir sí sin pensamiento, es un pensar que –una vez herido por la quemazón del tiempo– se repliega al vivir sin la punzante visión existencial del vivir para pensar. El griego piensa para vivir, y una vez ha pensado, vive diciendo sutilmente, para que no duela, la verdad existencial, diciendo lo trágico riendo y llorando, pero siempre desde la máscara que cubre el reflejo directo de la verdad doliente. Es por esto que se contraponen por la influencia dionisiaca dos formas de verdad que chocan, la instintiva, la de la vivencia y la que aparece bellamente explicada:

“...la lucha entre verdad y belleza nunca fue mayor que cuando aconteció la invasión del culto dionisiaco: en él la naturaleza se desvelaba y hablaba de su secreto

26 *La visión dionisiaca del mundo*. En *El nacimiento de la tragedia*. Madrid. Alianza. 2005. P.251-252

con una claridad espantosa, con un tono frente al cual la seductora apariencia casi perdía su poder”.²⁷

Por tanto el artista griego dice des-velando la verdad; *el arte propiamente dicho es la capacidad de crear imágenes, independientemente de que sea un pre-crear o un post-crear. En esta propiedad – una propiedad general humana – se basa el significado cultural del arte.* De ahí la diferencia que establece Nietzsche entre la epopeya y la lírica, entre el decir a través de imágenes lo que hicieron los demás y el decirse –enmascarado– del poeta que se adentra en su propia gruta vivencial.

La medida apolínea estaba relacionada con la representación, es decir con un optimismo epistemológico, una aceptación de que algo es cognoscible por el mero hecho de poder representarse, simbolizarse, decirse, la medida del escultor de símbolos vino a completarse genialmente con la irrupción apolínea de la desmedida dionisiaca, de la otra verdad intuitiva, inalcanzable a la doma conceptual revelada en el placer y el dolor de la vida, un acercarse a escuchar el palpito de la propia voluntad de la naturaleza, de hacer música.

Un arte que en una embriaguez melódica popular, en un canto del pueblo hablaba de la verdad de la vida *ahuyentó a las musas de las artes de la apariencia.* Nació el pensamiento trágico de esta fusión apolíneo-dionisiaca, de esta copulación profunda, certera e intensa.

Lo dionisiaco penetra por todas las ventanas de la vida. Entre el orden vulgar aparente y el orden que podemos llamar superior, el de la realidad dionisiaca, encontramos un olvido, un estado letárgico, embriagador que nos aleja de la realidad cotidiana, este elemento tóxico no es otro que la obra de arte trágica, que supone una huída desde la náusea, la certeza del absurdo del mundo a la voluntad primaveral:

Sobre todo se trataba de transformar aquellos pensamientos de náusea sobre lo espantoso y lo absurdo de la: existencia en representaciones con las que se pueda vivir: esas representaciones son lo *sublime*, sometimiento artístico de lo espantoso, y lo *ridículo*, descarga artística de la náusea de lo absurdo. Estos dos elementos, entreverados uno con otro, se unen para formar una obra de arte que recuerda la embriaguez, que juega con la embriaguez.

Los sufrimientos de la vivencia, para posibilitar la vida, necesitan de una voluntad de representación –que es origen común de la voluntad de ilusión como condición de la existencia– Lo sublime y lo ridículo encarnan un acercamiento mediato, reflexivo y alegórico al absurdo, de tal forma que ya no alejan de la vida, la acercan crítica o mediatamente, la representan en su propia contradicción:

Lo sublime y lo ridículo están un paso más allá del mundo de la bella apariencia, pues en ambos conceptos se siente una contradicción. Por otra parte, no coinciden en modo alguno con la verdad: son un velamiento de la verdad velamiento que es, desde luego, más transparente que la belleza *pero que no deja de ser un velamiento.* Tenemos, pues, en ellos un mundo intermedio entre la belleza y la verdad: *en ese mundo es posible una unificación* de Dioniso y Apolo.²⁸

Este mundo unificado de lo apolíneo y lo dionisiaco es un velamiento pero ya consciente – es decir representa conscientemente la tensión existencial– Hay una reconciliación con el enigma, una identificación con la vida, una celebración del

27 *Ibid.* P.255

28 *Ibid.* P.260.

instinto, del sentir preintelectual, un declarar lúcido de la verdad mintiendo, sabiendo que se miente y mintiendo literariamente. La vida es ya literatura. La vida se habla teatralizándola afirmándose en una animalidad querida, no impuesta.

Piedad, máscara extrañísima del instinto vital! ¡Entrega a un *mundo onírico* perfecto, al que se le confiere la suprema *sabiduría* moral! ¡Huida de la verdad, para poder adorarla desde la lejanía, envuelto en nubes! ¡Reconciliación con la realidad, *porque* es enigmática! ¡Aversión al desciframiento de los enigmas, porque nosotros no somos dioses! ¡Placentero arrojarse al polvo, sosiego feliz de la infelicidad! ¡Suprema autoalienación del ser humano en su suprema expresión! ¡Glorificación y transfiguración de los medios de horror y de los espantos de la existencia, considerados como remedios de la existencia! ¡Vida llena de alegría en el desprecio de la vida!

¡Triunfo de la vida en su negación!

Ahora la verdad es símbolo, las estatuas apolíneas caminan por el escenario teatral y los cuadros viven en el mundo de la representación consciente. Se ha ritualizado el canto y el baile de esas primeras vibraciones instintivas y el temor ha quedado disipado al rito, se ha negado el vivir feroz representando el vivir feroz para no sufrir ferozmente; el espectador sabe pues, que espera una sugerencia, una magia escondida tras la representación, tras el símbolo que se le sugiere gustosamente:

Al espectador se le hace, pues, la exigencia dionisiaca consistente en que a él todo se le presenta mágicamente transformado, en que él ve siempre algo más que el símbolo, en que todo el mundo visible de la escena y de la orquesta es *el reino de los milagros*. ¿Pero dónde está el poder que traslada al espectador a ese estado de ánimo creyente en milagros, mediante el cual ve transformadas mágicamente todas las cosas? ¿Quién vence al poder de la apariencia, y de la potencia, reduciéndola a símbolo? *Es la música.*²⁹

Es la música, el gruñir directo de la voluntad el que fluye, explota y hunde en el misterio al espectador. La comunicación imprecisa conceptualmente pero certera intuitivamente es producto de la música que acompaña la escena y aporta la intensidad querencial que esconde la apariencia. La música es la expresión máxima de la voluntad. De ahí que el poeta no sea nada sin ritmo. El poeta habla musicalmente, dice sus poemas musicalmente, intensamente dice y vive, de ahí que de sus vibrar emocionado nazca la comunicación más potente. El sonido parece ya sólo grito, sólo sollozo, esta es la aportación más profunda que pudo hacerse en mucho tiempo de historia de la filosofía, la que con mayor celebración reciben los poeta que fueron expulsados de la República: hay vida detrás de la palabra; una vida de misterio en la que navegamos. Nuestro barco es, lo queramos o no, una metáfora con grandes velas de letras y sonidos que manejamos en un canto diluido en el aire de la voluntad. Nuestra vida ya no es nuestra vida, es *la* vida. En última instancia no somos enteramente nuestros, vivimos aupados al misterio por el que fluimos y el arte es nuestro medio de locomoción por la vía misteriosa del mundo.

La ilusión es nuestra condición del existir. La liberación del fingidor consiste en saberse portador de una careta, de un fingimiento, de un cuento verosímil que

29 *Ibid* P.263-265

afla las garras de su poética animalidad, y por ende, crea tomando conciencia del creer que asiste a su creación. Su hambre da lugar a rugientes *creancias* que son liberación de todas las tiranías, incluyendo la de la verdad, la del concepto y la de la moralidad subyugante.

Pablo Javier Pérez López
Universidad de Valladolid
Departamento de Filosofía.
Facultad de Filosofía y Letras
Paseo del Prado de la Magdalena
47011 Valladolid (España)
piperez@fvl.uva.es
pabloj250@hotmail.com